

Cultura e identidad indígena en Veracruz: juventudes en el Totonacapan en el siglo XXI*

Con rigor y con un lenguaje claro y accesible, Ariel García Martínez nos ofrece en su libro, *Cultura e identidad indígena en Veracruz: juventudes en el Totonacapan en el siglo XXI*, los hallazgos de un tema que, hoy por hoy, despierta nuestro interés: las identidades indígenas en la era de la información. La investigación es producto de una tesis de Maestría en Antropología Social realizada en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS)-Unidad Golfo, y desde las primeras páginas el autor nos advierte: “Para los propósitos de este estudio cabría preguntarse cuáles son las diferencias que genera el consumo cultural entre la nueva juventud indígena y cómo le ayuda a ésta alcanzar un nuevo estatus dentro de la cultura tradicional” (p. 57).

En el proceso de su investigación descubre cómo en las últimas décadas los totonacos —que en las etnografías clásicas aparecen como una sociedad tradicional, donde hombres y mujeres pasaban de la infancia a la edad adulta asumiendo el compromiso matrimonial siendo casi niños/niñas todavía—

* Ariel García Martínez, *Cultura e identidad indígena en Veracruz: juventudes en el Totonacapan en el siglo XXI*, Instituto Veracruzano de Cultura, México. 2015, 158 pp.

experimentan cambios a partir de la interacción de su propia cultura con la cultura nacional y con la global. Ariel García nos advierte: “Hablar de identidades juveniles en el ámbito rural indígena es un tema necesario en el contexto de los cambios globales y su impacto en las culturas tradicionales. Una de las preguntas cruciales planteadas en el proyecto que dio origen a esta investigación parte de la interrogante acerca de la universalidad de la juventud” (p. 63).

Efectivamente, desde las ciencias sociales los estudios sobre los jóvenes han provenido primordialmente de zonas urbanas: de la contracultura a las tribus urbanas, aparecen los chavos bandas, punketos, darketos, raperos, graffiteros... para visibilizar la construcción juvenil de la realidad.

Pero la juventud, como dice Pierre Bourdieu, es sólo una palabra que se presta a control y manipulación política y económica, porque en una sociedad jerárquica como la capitalista, son los adultos quienes deciden cuándo se es joven y cuándo se deja de serlo.¹

La sociedad adulta guarda con celo el poder, bajo la premisa de que el

¹ Pierre Bourdieu, *Capital cultural, escuela y espacio social*, Siglo XXI editores, México, 2005.

ser joven es sinónimo de inmadurez e irresponsabilidad. Sin embargo, los jóvenes desafían ese merecer y el cómo deben comportarse, qué pensar, qué decir. En este afán de imponer un adultocentrismo, se juega a que los jóvenes son irresponsables para opinar o cuestionar pero sí suficientemente capaces para trabajar y ganar dinero, engrosar las bolsas de trabajo o las filas del ejército de reserva de la delincuencia organizada.

Las ciencias sociales han dejado en claro que no podemos sujetarnos a definiciones únicas y definitivas respecto a la juventud, porque ésta no es fija ni estable, sino que obedece a contextos sociohistóricos específicos. Si por un lado se pueden representar en cohortes generacionales como un proceso de formación hacia lo adulto, por otro lado los jóvenes se apropian de su construcción social, donde lo importante no es lo que se llegará a ser, sino lo que ya se es.²

Entonces habría que preguntarnos o indagar sobre sus condiciones socioculturales: educación, mercado de trabajo, empleo del tiempo libre, aspiraciones... porque lo joven se caracteriza por su rebeldía ante los códigos y

normas de los adultos y por construir su realidad. Ser joven es estar socialmente al margen, vivir los desajustes entre las aspiraciones y las oportunidades reales.

Ariel García reivindica su ascendencia y orgullo totonaco y desde ahí se lanza al abordaje: “conocer la especificidad de la juventud rural e indígena del Totonacapan, su incorporación a la sociedad adulta y su interacción con la sociedad indígena y no indígena a través de indicadores como el trabajo y la educación” (p. 12).

La identidad es un proceso de construcción social en perspectiva histórica pero que se manifiesta en el vivir diario en contextos delimitados por el tiempo y el espacio. Involucra normas, valores, estatus, socialización, educación, roles, clase, territorio, religión, etnicidad, género... La identidad es un “elemento vital de la vida social”, pero se define a través de un proceso subjetivo (auto-reflexivo), donde los sujetos marcan su diferencia mediante la autoasignación de un repertorio de atributos culturales frecuentemente valorizados y relativamente estables en el tiempo: autoidentificarse, ser reconocidos por los demás, interactuar para existir socialmente, dice Gilberto Giménez.³

² J. A. Taguenca Belmonte, “El concepto de juventud”, *Revista Mexicana de Sociología*, Instituto de Investigaciones-Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, México, vol. 71, núm. 1, enero-marzo de 2009, pp. 159-190, en <http://www.ejournal.unam.mx/rms/2009-1/RMS009000105.pdf>.

³ Gilberto Giménez, “Cultura, identidad y memoria. Materiales para una sociología de los procesos culturales en las franjas fronterizas”, 2008, pp. 7-32, en: <http://aplicaciones.colef.mx:8080/fronteranorte/articulo/FN41/1-f41.pdf>.

De este modo, Ariel García nos conduce por las páginas de su libro para mostrarnos ese proceso identitario de jóvenes totonacas en los tiempos presentes. Una tesis del autor: la aparición de la juventud como fenómeno reciente en el Totonacapan contemporáneo. La importancia de elaborar un estudio sobre la juventud rural consiste en describir y analizar las transformaciones de las sociedades indígenas en el contexto actual y en un escenario cultural diverso, no sólo desde la perspectiva étnica sino tomando en cuenta los nuevos procesos identitarios juveniles donde interactúan lo local con lo nacional.

Para el autor, se puede hablar de juventud a partir de la coyuntura del 68, un proceso emancipador que hizo posible la reconfiguración de lo tradicional a partir de las influencias y expectativas de un mundo globalizado. Y las regiones indígenas del país no son la excepción: jóvenes estudiantes, trabajadores, campesinos, migrantes, mestizos.

Si lo global homogeniza, lo local enfatiza la diferencia. Es decir, si el proceso globalizador intenta borrar las particularidades identitarias locales, asomarnos a los intersticios de la vida cotidiana de jóvenes rurales de hoy, tiene un valor importante: jóvenes totonacos que se apropian de su espacio y de su tiempo. Así, la juventud irrumpe en Coyutla al construirse la primera Telesecundaria en 1972 y la

Secundaria Técnica en 1976, y desde entonces la educación se vive en la comunidad como la oportunidad de ascender socialmente, sobre todo para las jóvenes mujeres, pues les permite liberalizarse de las rígidas estructuras familiares, “y comenzaron a tomar decisiones propias, como es el hecho de con quién debían casarse”.

¿Por qué esos jóvenes y no otros? Son informantes clave, desde luego, se ve en su forma de expresarse, directa y espontánea, pero ¿con qué criterio para designarlos como tales? El autor no nos lo dice, pero se vale del método etnográfico no sólo para describir las prácticas de los chavos y chavas, sino para escucharlos: “Para mí —dice una joven de 15 años— el ser mujer no ha sido un obstáculo para seguir estudiando”. Otra joven comenta respecto a la tradición del matrimonio: “Antes se casaban porque los padres hacían una especie de trato o de convenio y, a veces, antes de que el niño o la niña naciera, ya estaba comprometido a casarse con una persona”. Y otra joven dice: “Yo pienso que esa costumbre estaba mal; era como vender un puerco que ni siquiera conoce a dónde va. Yo no aceptaría casarme de esa forma. Me mataba antes que ir con él, o me iría de la casa”.

Y así, Ariel nos ofrece una descripción densa de la condición indígena, el idioma, el tiempo libre, las asociaciones religiosas, los partidos políticos, el trabajo, el desempleo y la migración,

como el migrar para trabajar como albañil o migrar para seguir estudiando o migrar a las grandes ciudades, como la Ciudad de México, para regresar a la comunidad y ya no querer seguir hablando el totonaco.

Si la cultura, desde su dimensión simbólica, es dotar de sentido a lo que se hace y se piensa, entonces los jóvenes retratados en el libro manifiestan

un proceso de emancipación cotidiano al apropiarse de sus vidas, reivindicando de algún modo su identidad totonaca.

Gualberto Díaz González

Estudiante del Doctorado en
Historia y Estudios Regionales,
IIH-S-UV